

la jaula, lo agarró por las patas y le dio dos golpes muy fuertes en la nuca. Yo me fui corriendo a casa, a llorar: por el conejo muerto, por el que se quedaba solo en la jaula, porque también al que estaba solo en la jaula lo iban a matar de la misma forma, y porque aunque uno de nuestros juegos era matar hormigas, escarabajos o lagartijas, era la primera vez que veía de verdad la muerte: el conejo movió desesperadamente las patas, luego todo el cuerpo, y de pronto se quedó rígido, sin mirar ya a ningún lado. Y Marina lo había hecho delante de nosotros y del otro conejo.

Cuando al día siguiente fui al colegio, no quise jugar a la hora del recreo, pero tampoco quería estar solo. Con Maribel no quería estar, porque todos sabíamos lo que le hacía al maestro, una vez hasta en la clase lo estuvo haciendo, mientras el maestro le pedía que le señalase los ríos del mapa del libro de geografía, luego le dijo que se fuera a sentar y él se limpiaba con un pañuelo. Entonces me acerqué a Pere Joan y a Santi, estuvimos callados hasta que les conté lo del conejo. Yo pensaba que ellos iban a escucharme y a ser simpáticos conmigo, porque les estaba hablando casi con lágrimas, y porque mi padre se había portado tan bien con el de ellos. Pere Joan, que era el que no hablaba nunca y por eso ni le preguntaban en clase, me dijo: «En mi casa no comemos carne» y se alejó con su hermano. Lloré tanto que estuve todo el rato tratando de que no se me viera la cara, pero yo mismo me oía llorar. Y al día siguiente, que era fiesta, todos comieron conejo y yo también, porque le tenía miedo a mi padre cuando hacía algo que no estaba bien. Y mi padre aquel día habló para decir que había sido una idea excelente, y que cuando matasen al otro podrían invitar a los Lozano o a Miguel y Blanca. Yo no quería que matasen al otro conejo, sobre todo porque no quería que Marina nos regalase dos conejitos más. El único momento en que los conejos dejan de sacar sus bolitas negras es cuando están muertos.

Nunca supe si era por eso por lo que le tenía miedo a mi padre. Un día estábamos en una casa con un jardín muy grande que luego se convertía en huerta. A mi padre siempre le habían gustado mucho las flores y hasta había escrito un libro sobre cómo plantarlas y cuidarlas. No le gustaban las flores en los jarrones, sino en el jardín. Y cada vez que alguien quería tener un jardín, pedía consejo a mi padre. Subiendo por la carretera de casa, como yendo a Teyá, habían empezado una urbanización llamada California, porque las casas parecían de película americana, muy grandes, con porches y con jardines ondulados. Aunque a mi padre no le gustaban los nuevos ricos, sí que le gustaban si querían poner un jardín, y entonces le invitaban a comer y él les daba ideas de dónde plantar cada planta, según la hora en que daba el sol, o según la calidad de la tierra. Luego se sentaban y hablaban de otras cosas, y mi padre asentía, carraspeaba muy

flojito y movía los dedos o se acariciaba una mano con la otra, sólo un rato. Las plantas y la semillas iban a comprarlas a la casa de la huerta, que era la del alcalde, uno de los pocos amigos que mi padre tenía en Masnou. Aquel día estaba también Armengol, el jardinero, que era además el que nos traía el carbón hasta que mi padre dijo que no quería volver a verlo por casa, a pesar de que había sido uno de los que él salvó al terminar la guerra o, como decía mi padre, la contienda: unos eran blancos y otros rojos, unos hicieron la contienda o la cruzada y otros la guerra, unos eran nacionales y los otros nunca supimos qué eran. En la casa de la huerta mi padre hablaba más y hasta hablaba de política y de la gente del pueblo. Armengol una vez había sugerido que por qué, al lado de los nombres de los caídos no ponían también el nombre de los muertos, al fin y al cabo que había habido una guerra civil lo aceptaban todos, y lo importante era recordar a todos los masnouenses que habían muerto, muchos de ellos sin saber por qué morían. Fue entonces cuando mi padre, esta vez la única vez que lo vi enfadado, le dijo a mi madre que ni Armengol ni nadie que hablase de la guerra delante de nosotros volvería a pisar nuestra casa. Y aquel día también Armengol había ido a la casa de la huerta.

Otra vez recuerdo la luz. Del Masnou de entonces, el real y el que ha dejado de existir pero no de ser real, lo que más recuerdo son las luces y las sombras, y todo lo que recuerdo (y lo recuerdo todo) es por la luz que tenía: la oscuridad del lavadero, la del bar *Rosés*, la de la lechería, la de casa de Emilio, donde comprábamos los huevos, la del zapatero Massana. Y la luz del jardín, la de la playa, la del cielo de la plaza de la iglesia, la de la bóveda de azulejos del Asilo o la del frontón del Casino, por la mañana. Y también a los chicos y a la chicas de las casetas o en el baile. Y cuando caminaba iba siguiendo las rayas de luz, o pisando sólo las sombras de los árboles, y me gustaba mirar las sombras de las casas cómo iban cambiando de forma. Pero sólo una luz recuerdo tan intensa como la del día de la huerta en la que llegó Armengol a podar. Era la primera vez que le veía allí. Saludó al alcalde y luego a mi padre. Mi padre, sin levantarse, movió ligeramente la cabeza y sonrió, aunque no se podía decir a quién estaba mirado o sonriendo. A partir de entonces, las cosas no las recuerdo bien. Quiero decir que no estoy seguro de si fue lo que vi o una interpretación de lo que vi. Armengol caminó hacia la huerta, muy poco más tarde le siguió el alcalde y, tras un momento de indecisión, mi padre se levantó y siguió al alcalde. De pronto, dejé de verles. Me sorprendió que mi padre no me dijera que le siguiera o que le esperara. Oí un grito horrible y eché a correr y oí también la voz serena de mi padre que decía: «la cuerda está podrida, Josep» y vi que se limpiaba la mano en el pantalón, se la quedaba mirando por un momento y caminaba hacia mí diciendo algo que no pude oír bien, porque los gritos del

pozo seguían llamando desesperadamente, hasta que no se oyó nada más. «¡Qué imprudencia!», dijo el alcalde. «Mejor que vayamos al Juzgado y que ellos se encarguen de avisar a la familia. ¡A quién se le ocurre atar la cuerda a la polea para bajar al pozo!» No volvieron a hablarse. Nos dirigimos al Juzgado Municipal y luego me llevaron a casa. Mi padre volvió a salir y yo no lloré porque me entró miedo al recordar el grito en el pozo y pensé que no tenía que llorar. Sabía que Armengol estaba en el pozo, muerto, y sólo más tarde pensé que no podía haberse muerto al caer, porque de ser así no hubiese oído los gritos después de que mi padre le hablase. Y pensé que mi padre, que había salvado a tanta gente en el hospital, ahora no podía salvar a un hombre agarrado a una cuerda podrida.

En la iglesia mi padre siempre me daba un billete de cien para que lo pusiese en la bandeja. Primero pasaban los monaguillos con el cepillo, y mi padre metía cada vez una moneda por la ranura, que es lo que me hubiese gustado hacer a mí, y después del sermón pasaba mosén Riera, que saludaba con una inclinación a los que ponían el dinero. En la misa de doce todos ponían dinero. Yo era el único de los hermanos que iba a la misa con mi padre, porque era el que más se parecía a él. A la hora de la comunión me decía que me levantase para ir a comulgar, aunque muchas veces no me había confesado. Después de la comunión yo rezaba un rato con los ojos cerrados, esperando a que la hostia se derritiese, y entonces salíamos. Esta vez salimos al final de todo. Hacía tanto sol que no podía ver nada. Puig se acercó a mi padre: mi padre y yo bajábamos la escalera y él subía. Mi padre siguió bajando, sin mirarle y entonces Puig dijo, casi gritando, como desesperado, que le debía la vida, que le había salvado a pesar de que... «¡Cállese, majadero!» le dijo mi padre, pero ahora Puig bajaba para poder ponerse delante y hablarle. Mi padre sacó la mano del bolsillo y le dio dos bofetones en la boca que lo tumbaron al suelo. Mi padre me dijo que no mirase, esta vez me agarró de la mano y nos fuimos a casa. Yo no quería pensar en lo que podrían decirme Pere Joan y Santi al día siguiente, en el colegio. Pero al día siguiente no fueron al colegio y no volví a verles nunca más. A Puig lo encontraron al amanecer delante de la iglesia. Había pintado una lista de nombres en la pared, a lado de los nombres de los caídos por Dios y por España, Millet, Puig, Maristany, Estapé, Mas, Tabaras, Nebot, Mirapeig, Ramentol, Pons, Deulofeu, y muchos eran nombres como los del otro lado. Y al final había escrito su nombre: Josep Maria Puig Guardiola. En una mano tenía la brocha y en la otra la pistola con la que se había destrozado la cara.

Juan Antonio Masoliver

Vuelta

REVISTA MENSUAL

Director: Octavio Paz

Subdirector: Enrique Krauze

Deseo suscribirme a la revista *Vuelta*
por un año a partir del mes de _____ de 199

Nombre _____

Dirección _____

C. P. _____ Ciudad y estado _____

Cheque o giro postal No.* _____ Banco _____

* a nombre de *Anthropos, Editorial del Hombre*

SUSCRÍBASE

SUSCRIPCIÓN POR UN AÑO: 70 dlls.

Distribuidor exclusivo en España:

ANTHROPOS, Editorial del Hombre

Central: Apartado 387, 08190 Sant Cugat del Valles, Barcelona

Tel (93) 674-6006 Fax: (93) 674-1733

Delegación: Calle del norte 23, Bajos, 28015, Madrid

Tel (91) 522-5348 Fax: (91) 521-2323

Editorial Vuelta: Presidente Carranza 210, Coyoacán, 04000, México, D.F.

Teléfonos: 554 89 80 554 56 86 554 95 62 Fax: 658 0074